



LEER IMÁGENES, DIBUJAR PALABRAS. Por Daniel Aldaya, escritor.

Le preguntaron a Borges: ¿para qué sirve la poesía? Y él respondió: “¿y para qué sirven los amaneceres?”. De la misma forma nos preguntamos: ¿para qué sirve la lectura? ¿y la escritura? ¿y leer y redactar correctamente?

Mediante la lectura establecemos comunicación intemporal con un interlocutor real o imaginario. La escritura puede tener esa función o ser simplemente un ente higiénico de nuestras frustraciones, desazones y demás “ones”. Escribir es reflexionar con la mano, canalizar los pensamientos utilizando la mano como herramienta, una forma más serena y lúcida de organizar y concretar las emociones. En el lenguaje oral interviene con mayor rigor el tiempo, las circunstancias del momento. En cambio la escritura hace de espejo y refleja nuestras palabras sobre la mente que las construye, evitando primero hablar y luego pensar, tan propio del ser humano. La dificultad de la lectura y de la escritura estriba en el ejercicio imprescindible de introspección que requiere y en su ejecución, máxime cuando en la forma oral se desgasta con más facilidad la palabra y es aceptado antes el mal uso del lenguaje.

Pero como afirma Manuel de Mariano, más vale encender una pequeña luz que gritar contra la oscuridad. Y mi deseo es valerme de la palabra escrita como vehículo de inquietudes expresadas por la vía oral por cercanos, amigos, afines, etc. Me quiero centrar en la captación de futuros lectores y escritores. Sobre todo de lectores, porque en muchas ocasiones se escribe más que se lee, y esto vicia de raíz lo que debería conformar un individuo con una saludable capacidad crítica.

Y muy señor@s mí@s, no nos comunicamos, salvo honrosas excepciones, con nuestros futuros médicos, filólogos, pedagogos, periodistas, profesores de física cuántica... Para establecer una comunicación válida con el aprendiz de profesional –y de persona- en potencia no es suficiente con dictar los contenidos perennes sino que exige una permanente disposición abierta a los cambios y una ilusión desvestida de la rutina y del descreimiento propio de quien cree conocer muy bien al ser humano. El profesor es un actor que interactúa con otro profesor que lo observa displicente desde una mesa más pequeña. Lo demás son palabras soporíferas proferidas desde una tribuna y cazadas al vuelo en un cuaderno con tapas de ceniza, palabras que recorren las clases, cruzan el umbral de la puerta y se pierden por los pasillos en medio de la algarabía del recreo. Entenderlo nos puede cambiar la vida, sobre todo a ustedes, señor@s docentes. La ilusión empieza en uno mismo y no termina, si no es uno mismo quien así lo estima oportuno.

Yo aprendí a odiar el Quijote, como la mayoría de mis coetáneos, por estar incluido cruelmente en la agenda de un quinceañero que poco sabe del contexto de una obra de tamañas dimensiones. Corrijo, hasta bien entrada la veintena larga, no pude reconciliarme con el famoso hidalgo –quien se llena la boca con su nombre, ahora que estamos en fechas de aniversario, debería preguntarse qué hace por acercar ese maná a la boca hambrienta que no sabe que tiene hambre-, porque, por dios, seamos claros, disfrutar de una obra maestra requiere un conocimiento previo, una disposición, una edad determinada y unos profesores entusiastas con la moral del Alcoyano. ¡Qué poca ayuda a las vocaciones, señor@s, empezando por Gonzalo de Berceo! ¡Qué flaco favor le estamos haciendo a la escritura, a la lectura, a la comunicación oral, cerrando los ojos a la nueva realidad que imponen la imagen y las nuevas tecnologías! No podemos obviar de forma numantina este hecho, y sí, aprovecharnos de las oportunidades que nos conceden estos cambios. Un poema de Luis Alberto de Cuenca puede acercar a impúberes colegiales el amor por la palabra. Pero siempre invirtiendo el actual orden establecido, es decir, empezando por de Cuenca y finalizando en Gonzalo de Berceo. Prueben a llevarlo a cabo. Prueben, también, a entusiasmar a la generación visual con sus mismas armas: comunicación audiovisual. Las generaciones actuales y futuras se lo agradecerán. Y se lo dice un aprendiz de escritor, bastante quijotesco, que tuvo la feliz idea



de acercar una serie de recitales de poesía humorística, acompañado de su buen amigo Sancho Asiáin, a los jóvenes navarros.